

PiNOCHO

AÑO. V
NUM. 209

25 cts

17 FEBRERO
1929



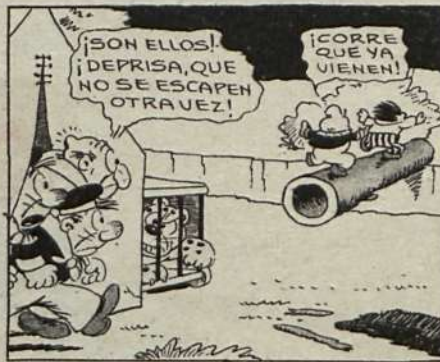
- ¿PORQUÉ LLEVA USTED ESA CINTA NEGRA? ¿ESTA USTED DE LUTO?
- ¡NO, ES QUE ME HE HECHO UNA QUEMADURA EN LA MANGA CON UN PURO!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: 5, SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVION NEGRO

NOVELA

Por

ALBERTO ORS

(Continuación)

—¡Démonos prisa!
—les dijo Zanoia
a los tres amigos
cuando estuvo con
ellos fuera de la
cárcel - Garantizo

el día de hoy, pero no estoy segura del de mañana!

En seguida les explicó Zanoia, cómo habían ocurrido las cosas. La joven había dado cuenta de que su ascendiente sobre el emperador, se tambaleaba. Su rival, Mr. Philipp, estaba sin duda muy celosa de ella y no dejaba de intentar ninguna malévolastucia, para quebrantar la confianza que el Czar tenía en ella. Alguien, tal vez el mismo Godunov, aunque no fuese más que por vengarse del ultraje que había infligido en Samarkanda, había aprovechado de este estado de cosas, para acusarla cerca de su señor...

Esta vez, consiguió ella persuadirle de que el buen resultado del acontecimiento del día siguiente, dependía de que atendiera su súplica favorablemente. Y así logró obtener la orden que era la salvación de sus amigos, y la suya propia, puesto que ella pensaba en un porvenir bien distinto de aquel que habían prometido en la Corte...

Mientras que Zanoia daba estas explicaciones, guiando la troika, en la cual iba con Véra, con Guthowsky, y con Jaskoff, hacia Samarkanda, para reunirse con Shasky, Wassili y Nadia, Véra, rompiendo el doloroso silencio con que había escuchado las explicaciones de la rutena, la dijo:

—Te lo agradezco con toda mi alma, generosa amiga, pero no puedo aceptar tu magnánima oferta. Mi buen amigo el profesor Guthowsky, me ha salvado la vida, lo sé; tú me devuelves la libertad, pero estos preciosos dones no me pertenecen. ¿Para qué iba yo a seguir viviendo, yo que ya no tengo padre, ni aquel héroe que me amaba, yo, que ya estoy bastante vengada del infame que fué causa de mi desventura, si no tuviera un último deber que cumplir? ¡La vida que me queda, tengo que consagrarla a la asistencia, a la protección, a la defensa de Sofía la madre de José Duda!

Zanoia, quedóse pensativa un momento. Luego alzó la cabeza con resolución.

—Escúchame —dijo— tú ya sabes que únicamente por un milagro de astucia, he podido conseguir este rescripto, el cual es nuestra salvación. Él nos da, al menos hasta mañana, la posibilidad de huir de este suelo maldito, a mí y a todos los que vayan conmigo, y digo sólo hasta mañana, porque tal vez, dentro de pocas

horas, mis enemigos sabrán qué es lo que yo he obtenido y entonces ¡pobre de mí, si siguiera confiando en el tesoro que ahora poseo! ¿Qué vais a hacer, tú y Sofía, débiles e indefensas, en medio de esta manada de fieras?

No te olvides, Véra, de que si Godunov ha muerto, les ha dejado su herencia de odio a Patko, el zingaro, que me odia a mí y a María Vedemedka, la dama de la Corte, que te odia a tí. No lo olvides, y piensa que mañana los más atroces tormentos te esperan a tí y a la madre de José Duda.

—Y bien, ¡qué importa! —dijo Véra con los ojos centelleantes— Los sufriré con ella, en memoria del mártir...

—¡No! —exclamó resueltamente la rutena— ni tú ni ella sufriréis nada. ¡Ven conmigo!

Y haciéndoles dar a los caballos una rápida vuelta, los lanzó al trote cerrado hacia la casa de Sofía Duda.

Dos horas después, antes de que saliera el sol, encontrábanse reunidos en la taberna de Samarkanda, Zanoia y Nadia; el profesor Guthowsky, Shasky, Wassili y Jaskoff. Todos ellos contemplaban con respeto el grupo formado por la desventurada Sofía, a cual las lágrimas habían acabado por dejar ciega, y Véra la heroica joven, que hallaba en el dolor, el motivo de una gracia sublime...

Zanoia, al entrar, había preguntado al voivoda:

—¿Y Patko?

—No se le ha vuelto a ver.

Al oír esto, Zanoia había fruncido el entrecejo.

A los amigos reunidos en la taberna de Samarkanda, a consecuencia de tantos acontecimientos, costábales trabajo el rendirse a la evidencia, y convencerse de que, al menos por el momento, estaban sanos y salvos. Zanoia expuso en seguida la situación. No les ocultó que el buen resultado obtenido, había que considerarlo únicamente como momentáneo y que dentro de pocas horas comenzarían de nuevo las persecuciones, siendo entonces terribles las represalias; ¡a todos les matarían, sin someterlos a proceso, después de hacerles sufrir inenarrables tormentos!

—En estas últimas horas —añadió Zanoia— he estudiado un plan sencillísimo, de fácil realización, que aunque no está exento de peligros, creo que es el mejor de todos. Supongo que habréis comprendido la inutilidad de los generosos y audaces propósitos que os han mantenido unidos hasta ahora...

Otros más afortunados que vosotros, podrán sin duda, conseguir vuestro intento, pero ahora, la maldad triunfa, y yo no veo otra salida para todos nosotros, que la fuga.

Mi tribu pone a vuestra disposición sus mejores caballos. Mañana por la mañana, al salir el sol, en

cuanto que un breve reposo nos haya devuelto la energía, que estos crueles y tumultuosos acontecimientos han debilitado, huiémos de estos lugares infernales, para buscar un refugio lejos de la patria, entre pueblos civilizados, los cuales sabrán compadecer nuestra desventura!

Todos habían escuchado en silencio las palabras de Zanobia. Ésta solicitaba con los ojos una respuesta, cuando el profesor Guthowsky, rompió su largo silencio por vez primera, después de su salida de la cárcel.

—Amigos míos —les dijo— os habla un hombre, que es hoy, otro distinto del que era cuando le conocisteis. Hubo un tiempo en que yo creí respecto a la apreciación de los acontecimientos universales, poder dar escaso valor a aquellos determinados del consorcio humano, y de la voluntad de los hombres.

Yo juzgaba de tal gravedad cuanto se realiza en la economía del Universo, fuera de nuestra influencia, para despojar de todo valor, a aquellos hechos, que sin embargo, son para nosotros, los más visibles. Yo pensaba ¿qué son César, Carlomagno o Napoleón, comparados con un rayo de sol, o sencillamente, con una lágrima que puede trastornar la historia, con una mirada arrojada por la ciencia, a los abismos en donde se esconde la verdad? Pero hoy, después de los sucesos a que he asistido, reconozco mi error...

El sabio, aunque aún más flaco y pálido que de costumbre, con su larga barba cana e inculta, sus largos cabellos grises cayendo sobre los hombros, tenía en los ojos, extraños relámpagos y fosforescencias.

Mientras que estaba hablando, los zingaros, atraídos por su voz sonora y penetrante, habíanse acercado agrupándose a la entrada del subterráneo, iluminado por la rojiza llama de una antorcha.

Ninguno rechistaba. Todos escuchaban con ansiedad las ideas a aquel hombre, que por su ciencia estaba tan por encima de ellos, y más cercano que otro alguno, a aquella verdad que es el eterno anhelo de los entendimientos más privilegiados.

—He llegado a comprender —continuó el biólogo— que en el orden de todas las cosas, los derechos del alma, representan un elemento de sumo valor; que si se ofenden estos derechos, se perturban gravemente las fuerzas que determinan todo lo creado, que en fin; el que profana o hiere un alma, es un elemento de disgregación moral, y en la vida universal, es lo mismo que la putrefacción en la vida orgánica. Puede acontecer, que de esta putrefacción surja la regeneración, pero entre tanto es esto para mí un espectáculo tan intolerable, que me retiro de la escena de la vida!

Sus oyentes, conmovidos por las extrañas palabras del sabio, no hallaban salida a sus íntimos pensamientos.

¿Qué daba a entender el profesor Guthowsky con aquellas frases? —¿Será posible— pensaba Wassili, más que ningún otro— que el maestro, tan observador de las leyes naturales, infringiera la principal, que es la de la conservación de la existencia?

El profesor, salió al encuentro de esta objeción, que estaba ya en los labios de todos.

—No creáis que yo pretenda cometer acto alguno de insolente rebelión, contra la Voluntad que rige al Universo; esa Voluntad, que ha señalado el término de mi paso por esta Tierra bajo la forma humana. Pero, yo no asistiré más, al horrendo suplicio, infligido a nuestra patria; por el ciego predominio de unos pocos, y me dormiré en un largo sueño...

Al llegar a este punto, la voz del sabio, adquirió un tono de infinita tristeza.

—Vosotros ya lo sabéis —continuó— El templo, dedicado por mí a la ciencia, a aquella ciencia que anhelaba tener el más directo contacto con la Fuerza Suprema que rige al Universo, ha sido pasto de llamas. El fuego purificador, debía de salvar los tesoros arrancados a las celosas manos de la Naturaleza, de la profanación y de la locura de los malvados! ¡Aquellas llamas, amigos míos, han abrasado también mi corazón..! ¡Éste, continúa palpitando, por obediencia a una Voluntad más fuerte que la mía, pero se ha convertido en un órgano anatómico, ya no es el símbolo de un ser moral e inteligente... Yo soy un espectro, amigos míos, y no existo ya más que en la forma; la sustancia ha desaparecido!

El auditorio, estaba dominado por el recóndito significado de aquella escena, en la que un hombre, tal vez loco, decía, con suma sencillez, cosas tan singulares!

Reinaba un silencio solemne.

El profesor, giró a su alrededor sus ojos brillantes por la fiebre. Cada vez estaba más pálido. Su voz, haciase más cavernosa, y parecía salir de ignotas profundidades de la tierra. Un helado estremecimiento, recorrió los miembros de los oyentes.

—Las llamas devoradoras no han podido destruir todo aquello que las largas vigiliass me revelaron. Cuando los hombres creyeron haberme vencido, llevaba en mí, el secreto de la victoria, el terrible secreto, que vosotros, amigos míos, intentásteis arrebatarne por todos los medios. Ese secreto, ha podido impedir un delito abominable, quitándole la vida a una fiera humana en el momento en que esa fiera iba a devorar a una criatura bella, buena, y pura!

En aquel momento, un sollozo comprimido rompió el profundo silencio que reinaba. El sollozo había partido del grupo que la ciega y Véra Nicolajewna Sadoff, formaban en un rincón en donde ardía un gran fuego.

—¡Dios me perdone ese crimen—añadió el sabio, elevando hacia el cielo sus ojos húmedos por la emoción —en nombre del enorme crimen evitado! ¡Pero yo no he pensado sólo en la salvación de los demás! Mi alma presagiaba días de inmenso dolor, y para esos días, guardé mi salvación en lo vivo de mis carnes, allí donde guardaba la salvación de los demás!

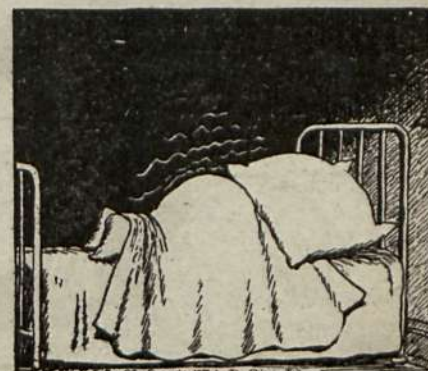
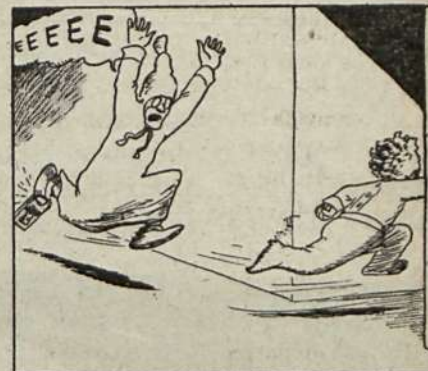
Y diciéndo esto, el profesor Guthowsky, abrió el puño derecho enseñándoles a sus amigos una pequeña ampollita cerrada al soplete, llena de un líquido tan limpio y transparente, que la ampollita parecía estar vacía.

—¡En este pequeño cristal —repuso el profesor— está el olvido!

(Continuará en el número próximo)

ANITA

BUEN-CORAZON



EL FARO DE DHORIOL

POR
E. SAGARDO

(Continuación)

Entonces se construyó un segundo faro, redondo como una columna gigantesca y para amortiguar el asalto de las avalanchas de agua, se le rodeó de un cerco de grande vigas de encina. El faro resistió unos cuarenta años y al fin en 1755 fué destruído en parte por un rayo.

Pero la historia más dramática es la del Faro de Dhoriol que quiero contar a mis pequeños lectores.

* * *

GALLINDO

La construcción del faro de Dhoriol fué empresa tan difícil o más que la del faro de Plymouth. Se le edificó en la punta de un escollo en la costa de Portugal para que guiase a los navegantes hacia la entrada del Tajo el río más importante de ese país y en cuyas orillas se halla la bella y rica Lisboa.

Quince años se emplearon en su construcción que se acabó en 1877. Esta se hizo en forma de torre en el extremo de una roca que las olas combatían con furor increíble y sin cesar. Mejor que torre era una columna inmensa formada de bloques enormes cementados con barras de hierro y afianzados con grapas de una robustez excepcional.

A su alrededor se había atado una gigantesca cadena de hierro de eslabones soldados a fuego a fin de que al enfriarse se ciñese mejor a las piedras.

En lo alto y a una altura de treinta metros se había construído el alojamiento para el torrero y su familia: cuatro minúsculas habitaciones apenas suficientes para contener una cama o cualquier otro mueble indispensable. Más arriba aún estaba la linterna, cuya luz debía ser vista por los navegantes a grandísima distancia.

Terminada la construcción después de fatigas inmensas, se confió su custodia a un viejo marinero de la flota portuguesa; pero quince días después aquel hombre volvía a Lisboa diciendo que le faltaba el valor suficien-



GALLINDO



te para permanecer allí y que durante aquellas dos semanas apenas había dormido.

Aseguraba que sintió varias veces oscilar la torre al embate de las oleadas y por eso no quería exponerse al peligro de ser sepultado vivo bajo aquella ingente masa o de ser arrastrado por el océano.

Se ofreció la plaza a algunos viejos pilotos y no se hallaba ni uno que tuviese el valor de aceptarla.

Ya desesperaba el Gobierno de hallar un fanalista valeroso, cuando un día se presentó un hombre ofreciéndose a ser el torrero de aquel faro peligroso.

Este era un contramaestre de marina, Juan Miguel, un hombretón de unos cuarenta años, casado con una hermosa mujer andaluza hija de pescadores.

Aceptada su oferta partió para el faro de Dhoriol en un torpedero de guerra llevando consigo a su mujer y a un hermano de ésta, un muchacho de veintidós años que ya había navegado mucho.

Estando el mar en bonanza, cosa rarísima en aquel paraje cubierto de horrendos escollos cortados a pico y bancos de arena en los que se veían aún las quillas de algunos barcos allí naufragados, el fanalista, su mujer y su cuñado, tomaron tranquilamente posesión del faro, sin pizca de espanto por la vida de Robinson que allí habían de llevar.

Colocaron sus muebles con cierto gusto, pusieron en seguro los viveres que les habían desembarcado del torpedero y que debían durarles lo menos un mes, y aquella misma noche comenzaron su servicio nocturno.

Durante algunos días aquello marchaba bien. La esposa de Miguel, preparaba la comida y se ocupaba de la limpieza: su marido o su hermano cazaban de día entre los escollos algunas avesmarinas que abundaban por allí y así variaban la minuta de la comida o de la cena.

Pero bien pronto se echó encima la estación mala. El otoño se adelantaba rápido, los hermosos días iban siendo cada vez menos, y el océano se iba engrosando casi todas las noches lanzando formidables avalanchas de oleadas contra el faro. Una noche, mientras se desencadenaba en el Atlántico una horrible tempestad estando Juan y su cuñado Enrique velando junto a la linterna temiendo que una de aquellas olas que llegaban hasta la cúpula la apagasen, sintieron un ligero estremecimiento.

Juan, creyendo al principio que se trataba del fragor mismo de las aguas no hizo caso: más pocos minutos después vió que su cuñado se ponía bruscamente en pie de

(Continuará en el próximo número)



GALLINDO



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



MIRA, CURRINCHÍN; AYER UN SEÑOR QUE TIENE UNA CORBATA IGUAL QUE LA DE FLETA CANTÓ LA SENTIDA ROMANZA DE "LA CAPA TODO LO TAPA" Y ¿SABES LO QUE SE ME HA OCURRIDO?

METERSE A TENOR.



¡QUÉ, HOMBRE! ¡COMPRARME UNA CAPA!

BUENO, PERO OTRA VEZ CUANDO SE VAYA A LEVANTAR, AVISE Y NO SEA MENDRUGO



ANDA, MORENO. TE CONVIDO A QUE VENGAS CONMIGO A COMPRAR LA CAPA

SE ACEPTA SI SEÑOR



ASÍ CANTABA ESE TENOR QUE TE DIGO: "LA CAPA, SI, SI, SI 22 TODO LO TAPA, MI, MI, MI PORQUE PARA ESO ES CAPA FA, FA, FA 22

IGUAL CANTA EL TREN MIXTO QUE VA A MI PUEBLO. PI, PI, PI FA, FA, FA



OIGA, MAESTRO. A VER SI TIENE POR AHÍ UNA CAPITA EN BUEN USO PARA UN SERVIDORITO

GRANDES ALMACENES DEL SEÑOR JUAN MANUEL

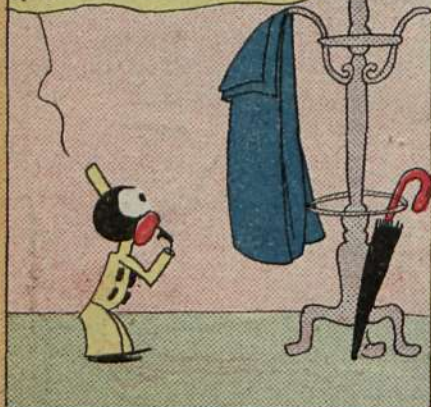


¿VES, CURRINCHE? YA PUEDE VENIR FRÍO, QUE LA CAPA, TODO LO TAPA

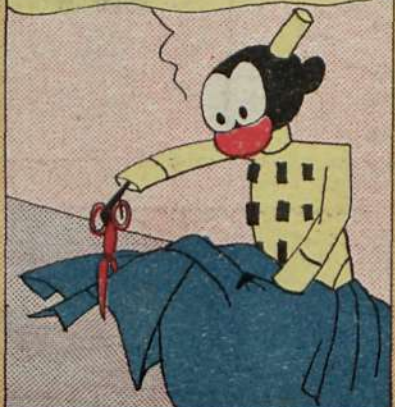
¿DE VERDAD?



ESTE DON TURULATO ES UN EGOISTA. ÉL YA SE HA COMPRADO SU CAPA, Y A MI QUE ME PARTA UN RAYO



YO CREO QUE AUNQUE LE CORTE LA ESCLAVINA, ÉL NO LO NOTARÁ Y A MI ME SALDRÁ UNA CAPITA DE CHIPÉN



¿QUÉ LE PARECE LA CAPITA QUE ME HE COMPRADO?

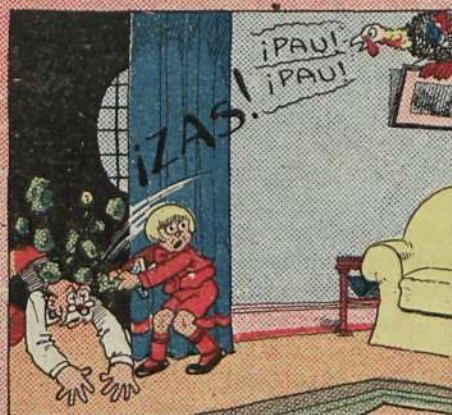
¡PSCH! ¡ASÍ, ASÍ! NO ES CASTIZA PORQUE NO TIENE ESCLAVINA

PUES LE ADVIERTO QUE ES LO QUE SE VA A LLEVAR AHORA





COLORÍN Y SU PANDILLA



CUENTOS DE CALLEJA

LOS SIETE CUERVOS

Castillo



N una casita situada en medio de un bosque, vivía la viuda de un guarda, acompañada de siete hijos y una hija.

El dueño del bosque, en premio de los servicios del difunto guarda, había concedido a la viuda y a sus hijos una pensión y la propiedad de la casita que habitaban.

La viuda tenía muy mal genio y la fea costumbre de maldecir, que fué causa de su desgracia y de su muerte.

Una tarde los niños, al volver de la escuela, encontraron a su madre sentada a la puerta de la casita partiendo en pedazos una gran hogaza de pan, que la niña iba recogiendo en una cazuela para preparar la sopa; y como los muchachos no carecían de apetito, rodearon a la madre, y todos a coro, repetidamente, le dijeron:

—¡Madre! ¡Madre! ¡Dame pan! ¡A mí primero! ¡No, a mí!

La viuda, aturdida por tanto vocerío y arrebatada por la ira, profirió esta maldición.

—¡Malditos seáis! Parecéis cuervos hambrientos; así permita Dios que en cuervos os convirtáis!

No bien la viuda hubo pronunciado estas palabras, cuando los siete hijos quedaron convertidos en cuervos; con sus alas abiertas giraron alrededor de la viuda y de la niña, y luego, remontando el vuelo, se internaron en el bosque.

La madre quedó confusa, y conoció, aunque tarde, que no se debe nunca maldecir ni desear mal alguno; y, arrepentida, prorrumpió en amargo llanto.

La niña, que tenía mucho cariño a sus hermanos, y que era la bondad personificada, acompañaba a su madre en el dolor, y no cesaba de exclamar:

—¡Hermanitos! ¡Hermanitos! ¡Volved!

Pero los cuervos estaban ya muy lejos.

La niña corrió al bosque; volvió a llamar a sus hermanos; vió que éstos saltaban de árbol en árbol, internándose en la espesura sin hacerle caso, y, desconsolada, volvió a la casa y se abrazó a su madre, juntando ambas sus lágrimas.

Transcurrieron los días. La madre, debilitada por el dolor y el remordimiento, cayó enferma y murió.

La pobre niña, sola y abandonada, iba al bosque a llamar a sus hermanos; y del pan de su comida les echaba pedacitos que los cuervos bajaban a comer; pero ni la niña se podía acercar a los cuervos, ni los cuervos se dejaban acariciar de la pobre niña. Entonces ésta se sentaba en el tronco de un árbol y se ponía a llorar, y hasta el anochecer no volvía a la casita.

Y así todos los días.

Una tarde, cuando más afligida y llorosa estaba la niña, oyó una voz que le hablaba:

—¡Pobre niña! ¡Cuán digna eres de consuelo y de cariñol

La niña, que tenía la cara cubierta con sus manos, al oír la voz levantó los ojos, y vió delante de ella un enano que tenía la cabeza descomunal, larga barba de colores amarillo, verde y encarnado, y nariz enorme y roja, que contrastaba con el amarillo mate de su rostro.

Sin asustarse, la niña dijo al enano:

—¿Quién sois, que tratáis de consolarme?

—Soy el enano Puntigudo, que vivo condenado, por maldiciente, a vivir en este bosque; y vengo a consolarte, porque tú sola puedes librarme del castigo que estoy sufriendo y librar a tus hermanos de la maldición que sobre ellos lanzó tu madre.

—¿Qué debo hacer para obtener el perdón?
—se apresuró a decir la niña del bosque.

—Debes hacer lo que te voy a decir; pero te advierto que, si no lo cumples todo puntualmente y hasta el fin, lo que hayas hecho será perdido.

—Cumpliré fielmente lo que me encarguéis, y no faltaré en lo más mínimo, pues mi deseo es volver a ver a mis hermanos y que recuperen su antigua forma y que cese el encanto, y, al mismo tiempo que el de mis hermanos, el vuestro.

—Pues bien—contestó el enano—: mañana, cuando vuelvas a este sitio, encontrarás una rueca, hilo finísimo y un huso; hilarás el hilo, y con él harás ocho camisas. En esta operación tardarás cinco años, y durante ellos no pronunciarás palabra alguna. En el momento en que se te escape una palabra, habrá perdido toda su eficacia el trabajo hecho, y tendrás que volver a empezar, si quieres lograr que se deshaga el encanto.

A la mañana siguiente la niña encontró la rueca, el huso





y el hilo, y empezó su labor. Miraba a los cuervos, y la infeliz no cesaba de llorar, pero según su promesa, dejó de pronunciar ni una palabra siquiera para llamar a sus hermanos.

Así pasaron cuatro años y medio; cierto día del último semestre se oyó gran estrépito de trompas de caza en el bosque, y el galope de un caballo que se acercaba al sitio en que ella estaba sentada, y, con asombro, vió llegar a un hermoso joven. Este, al verla, detuvo su caballo y quedó maravillado de la esplendente belleza de la niña.

—¿Qué tienes, hermosa niña?—le preguntó apeándose del caballo.— ¿Por qué lloras?

Pero la niña no contestó, y, fiel a su promesa, sólo respondió a las cariñosas palabras del Príncipe con gestos y ademanes.

El Príncipe, observando que no contestaba, dijo:

—Esta pobre niña es, tal vez, muda de nacimiento; voy a llevármela a palacio.

Y la subió a la grupa del caballo.

La niña del bosque no abandonó ni la rueca ni el huso, ni tampoco siete camisas que ya tenía hechas.

El Príncipe, ufano con su carga, llegó a palacio y presentó a la pobre mudita, como él la llamaba, a sus cortesanos y a una tía, hermana de su madre, que con él vivía; mujer de malos sentimientos, de peores instintos y sumamente envidiosa.

Los cortesanos admiraron mucho la belleza de la mudita, y el Príncipe, enamorado de ella, hizo saber a su tía y a la corte que había escogido por esposa a aquella joven.

La tía, deseosa de impedir el casamiento de su sobrino con la mudita, conjuró contra ésta a los cortesanos y propaló por su reino la calumnia de que era una bruja hechicera, que se fingía muda, y que era preciso formarle causa y condenarla a muerte.



La bella mudita fué encerrada en una prisión, y, desconsolada, siguió su trabajo y concluyó la octava camisa.

Sólo faltaban dos días para cumplir los cinco años de su promesa, y, confiada, esperaba que se realizara el anuncio del enano.

Pero, por instigaciones de la tía del Príncipe, fué condenada a ser quemada viva, y en la plaza se preparó una gran pira de leña untada con pez y alquitrán,

para que a las doce del día siguiente se ejecutara la sentencia. El Príncipe estaba inconsolable.

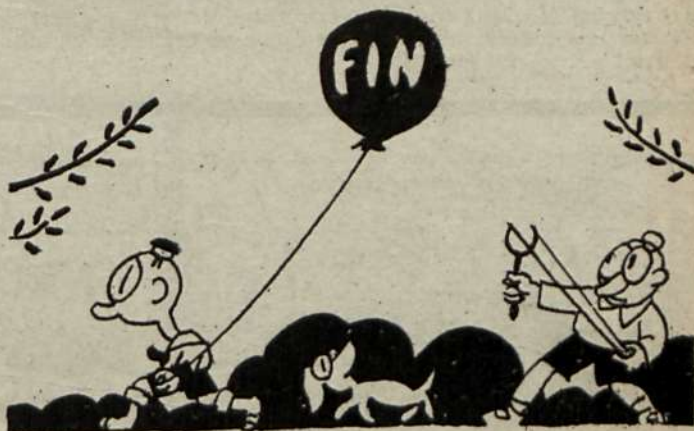
El pueblo invadió la plaza para presenciar la ejecución; minutos antes de las doce sacaron de la cárcel a la mudita; la subieron a la pira, y los verdugos se prepararon a prenderla fuego.

En aquel momento aparecieron siete cuervos, que rodearon a la mudita, y el enano

Puntiagudo. La niña les arrojó las camisas; los cuervos y el enano se las pusieron, y en el acto quedaron convertidos, los cuervos en siete hermosos jóvenes, y el enano en un anciano respetable, el cual refirió al Príncipe y al pueblo la historia de la mudita.

El pueblo bajó a ésta de la pira, y, cogiendo a la tía, la ató al poste y prendió fuego a la leña, quedando convertido en cenizas, al poco tiempo, el cuerpo de aquélla mala mujer.

El Príncipe tomó por esposa a la mudita, a quien puso de nombre *Rayo de Belleza*; los hermanos de la Princesa quedaron agregados al servicio de palacio; y el pueblo, cuando oyó de boca de *Rayo de Belleza* la historia de sus desgracias, aprendió que nunca se debe maldecir ni desear mal a nadie, y que, al que obra bien, la Providencia le sacará libre de los peligros del alma y del cuerpo.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, curioso Chonón. ¿Qué quieres saber hoy?

—Hoy quiero saber, mi querido buho, algo sobre la vida y costumbres de los indios.

—Tendrás que explicarme a qué clase de indios te refieres, pues son muchas las variedades que viven en el mundo. Seguramente que la vida de los que pueblan la India asiática, que son por sí solos, muchos más que los que habitan en el resto del mundo, no te interesará tanto como la del indio de América del Sur. Aquellos, por su constante trato con las razas europeas que han ido allí a explotar la gran riqueza del suelo, son gente pacífica, culta, civilizada; pero los indios americanos, por su modo de vivir, aislado de todo contacto como no sea el de la lucha, con el mundo civilizado, ofrecen en sus costumbres características muy curiosas que son las que a ti te gustará conocer.

—Esa es mi curiosidad; conocer la vida del indio salvaje, de ese indio indómito que pasa por el mundo sin conocer la vida civilizada ni querer someterse a sus beneficiosas costumbres.

—Entonces te hablaré de los indios puelches, verdadero tipo de los indios de las pampas americanas, enemigos irreconciliables de los hombres blancos.

—¿Es que ellos no son blancos?

—Son de piel cobriza y además tienen otros caracteres que los diferencian mucho de la raza blanca. Sus formas son atléticas y musculosas, el rostro, casi circular, la frente combada, los labios gruesos, los pómulos salientes, los ojos, pequeños y de mirada fría, y los cabellos muy negros, ásperos y largos.

—¿Son esos los que llevan unas plumas de colores en la cabeza?

—No, querido Chononcito; los de las plumas de colores son los indios pieles rojas que habitan en la América del Norte y que se llaman así porque su piel tiene un color cobrizo tan marcado que es más rojo que el de ningún otro indio. Los puelches sólo llevan en la cabeza una correa que sujeta los cabellos sobre la frente. La vestimenta no puede ser ni más sencilla ni más rudimentaria; una faldilla de piel que llega desde el estómago hasta la mitad del muslo, y una pequeña capa del mismo género que la llevan sobre los hombros. Algunos llevan, en vez de esta prenda un poncho de lana, y, desde luego, todos gastan el lujo de lucir polainas que las fabrican con piel de potro.

—¿A ti no te parece, querido buho, que esta vestimenta es algo ridícula? Eso de llevar el cuerpo medio desnudo y gastar polainas, me parece propio de gente que no está bien de la cabeza.

—Ya puedes comprender que si vivieran como los demás mortales, no serían salvajes y su vida no ofrecería el interés que ofrece.

—En eso tienes razón, nada despierta más la curiosidad que los contrastes.

—También para ellos deben de ser curiosísimas nuestra vida y costumbres. El cuello, la corbata, los puños, los botines y otra porción de prendas de nuestra indumentaria serán para los indios objetos dignos de figurar en un museo de rarezas.

—Como casi todos los pueblos salvajes, los puelches se pintan el rostro; unos, cruzan su cara de oreja a oreja con una raya negra, pero otros se embadurnan todo el rostro con una espesa capa de arcilla negra o roja amasada con sebo. Los puelches, como casi todos los indios pampeanos, son sucios hasta la exageración, crueles, egoístas, perezosos, insolentes y cobardes. Estos indios son los que tuvieron violentos choques con los primeros conquistadores españoles que pisaron la América. En la actualidad, muy reducidos en número, viven hacia el Sur, en las márgenes del río Negro. Son poco cazadores, pero se dedican mucho al robo de ganados, principalmente de caballos, cuya carne constituye su principal alimento. Viven en chozas muy rudimentarias, construidas con cañas que en forma de arcos penetran en el suelo por ambos extremos y sobre las cuales se ponen otras cañas que se cubren con pieles de animales.

—Algo así como la toldilla de un carro, ¿verdad, buho?

—Exactamente lo mismo. En el interior de estas chozas tienen unas pieles de carneros que les sirven de camas y asientos, y a la entrada construyen el hogar para la lumbre con unos cuantos pedruscos. No limpian nunca sus viviendas y cuando la basura es tanta que su volumen molesta, desmontan su choza y se marchan a otro sitio. Algunos sostienen pequeño comercio con los pueblos más cercanos; a cambio de tasajo, pieles y trenzados de cuero, reciben ron y aguardiente, pues, dicho sea de paso, son unos excelentes borrachos.

—Por lo visto tienen todos los vicios y defectos humanos sin ninguna virtud.

—Como que es de las pocas tribus de la tierra que desaparecerá de la esfera del mundo sin haber tenido ningún germen de civilización.

—¿Y los indios pieles rojas son igual que los puelches?

—Muy distintos. Sus costumbres son mucho más pacíficas. Pero hoy no puedo ya hablarte de ellos, porque ya es muy tarde. Otro día me haces memoria y dedicaremos nuestra charla a esta interesante familia de indios de América del Norte. ¿Te acordarás?

—Para eso me he hecho un nudo en el pañuelo.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE FEBRERO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



La cara de Currinche.
E. M. L. de Moreta-11 años.



Chapete.
V. TACÓN.



Ramper.
J. Mellado-9 años.



BARBILÓN REY DE LOS FEOS

es uno de los 8 tomos publicados en la preciosa Serie Barbilón de Cuentos de Calleja en colores.—Precio: UNA peseta.



Currinche.
FELICIANO MOLINA.



El Méndez Nuñez.
CARMEN ARRIOLA.



El clown Rico.
L. FERNÁNDEZ-13 años.



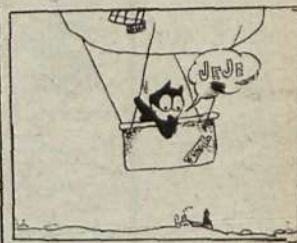
El gato con botas.
M. N. Alonso-12 años.



Alsaciana.
LUIS VIDAL RIBAS



El Pinocho.
M. FLORES-5 años.



Morrunguis aeronauta.
JOAQUIN MESTRE.



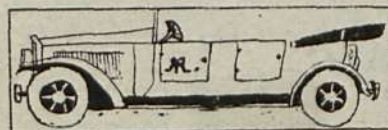
Un cazador distraído.
RAMON BAES.



Mi gran Pirulita.—L. F.



Un curda.
N. QUINTANA



Mi auto.
ANDRESITO RUIZ DE LA ROSA.



El dirigible Italia.
R. GIMENEZ-8 años.



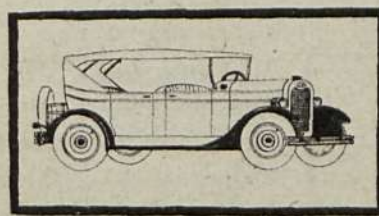
Olfato.
J. L. Fernández.



¿A qué no sabe en qué se parece este teatro a un volcán?
—¿...?
—En qué es lava.—Francisco S. Corral.



El gato.
JOSE BRINGUES.



Un Chevrolet último modelo.
CARLOS IRAZOQUI-10 años.



Jugando.
CARMEN GARCIA.



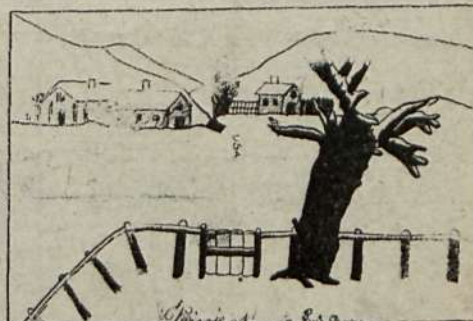
Una foca del circo Xrino.
L. F.



Laura y Currinche.
JOAQUIN MESTRE.



Un curda.
LUISITO.



Paisaje nevado.
LUIS GUERRERO-71 años

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE FEBRERO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS CONEJOS Y EL GATO

El señor Zorro es un prestidigitador formidable y en menos que canta un gallo ha hecho desaparecer delante de esta selecta concurrencia dos conejos y un gato. ¿Dónde están?



DIBUJOS CON ERRORES



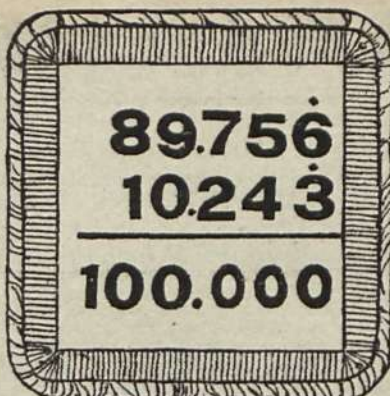
El otro día nuestro dibujante tuvo un momento de lucidez en su locura y todos respiramos llenos de alegría y satisfacción... pero al poco rato nos dió este dibujito y toda nuestra dicha se derrumbó. ¿Cuántos errores tiene?

De primera intención creeréis que están estudiando estos animalitos y no es así... Para convenceros coged un lápiz y trazad una línea de número a número por el orden en que están.

¿Qué animal es?

LOS NÚMEROS





EL MAGO

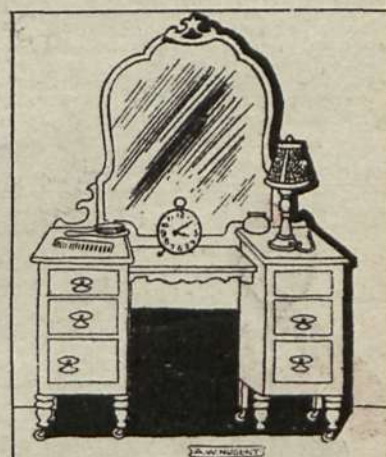
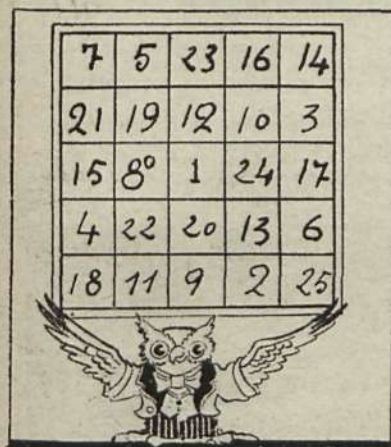
1.^a solución.—No era hermano. Era hermana.

2.^a solución.—Seis docenas de docenas=874.

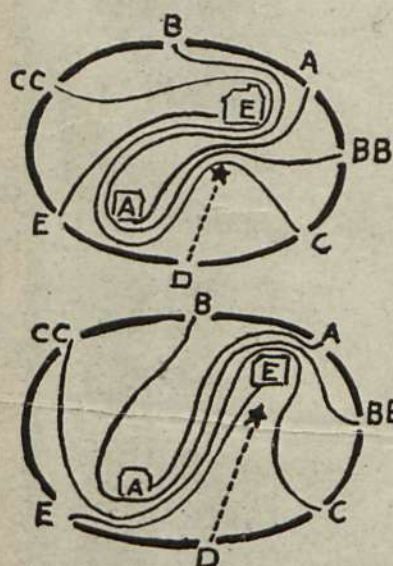
Media docena de docenas=72.

3.^a solución.—La edad del Mago 66 años.

La edad de Alicia 11 años.



1.—Al reloj le falta una pata. 2.—Las manillas no están en el centro. 3.—A una pata del tocador le falta una rueda. 4 y 5.—A un cajón le falta un tirador y otro no lo tiene en su sitio.





Sección PIRULA

PIRULA CARNAVALERA.—*Traje de Caperucita encarnada.*—Como a vosotras y a mí nos gustan tanto los cuentos, nada nos cuadra mejor—a mí, para elegirlo; a vosotras para llevarlo—que un disfraz de heroína de cuento fantástico.

La gracia está en que lo podáis realizar punto menos que solitas y con elementos muy sencillos y muy económicos. A no ser así, podría resultar un disfraz maravilloso, pero no sería digno de Pirula y sus Pirulindas.

Por eso, os aconsejo el traje de Caperucita encarnada. Para la blusita, podéis aprovechar cualquier blusa de seda lavable, o de *toile* de seda del verano, que sea blanca o de color crudo.

Con un trozo de pana negra, cintas para las hombreras, y unos cordones, confeccionaréis el corpiño de un corte sencillísimo.

La falda muy fruncida alrededor, y la caperuza—necesito recordar el color que habrá de tener esta caperuza?—pueden hacerse con una lanilla o con satén de algodón.

¡Ah! lo esencial es una cestita de mimbre con unos huevos, un tarrito de crema y una torta que es lo que llevaba Caperucita a su abuela cuando se encontró con el lobo, y que os aconsejo que sean «de pega» no ocurra que os dé una mala tentación, y se quede el disfraz sin su atributo principal.

CUENTOS DE PIRULA.—*Historia de Peloncita.*—Cuando nació Peloncita, su madre, al verla, sufrió tal susto y tal disgusto, que se murió; y su padre se murió de pena de quedarse sin mujer.

Peloncita, sola en el mundo, fué recogida por unos vecinos que eran un poco caritativos, pero que no lo eran mucho como veremos más adelante. Había para morir de ver a la recién nacida. Figuraos que era calva, pero no calva como lo son muchos nenes que tienen una pelusilla de oro sobre la cabeza. No, ella era calva como un queso de bola, calva como la palma de la mano, calva como una bola de billar.

Es decir, como un queso de bola, la palma de una mano, o una bola de billar que tuviesen tres pelos. En efecto—y esto era lo más horrible de todo—en medio del cráneo mondo, lirondo y reluciente de Peloncita se erguían, cual palmeras en el desierto del Sahara, tres pelos negros y tiesos.

En aquellos momentos, Peloncita no era Peloncita; es decir, estaba peloncita, pero no se llamaba así; el nombre se lo pusieron más tarde, naturalmente, y hay que confesar que estuvo bien puesto.

Como decía, los vecinos que la recogieron eran lo bastante caritativos para realizar este acto hermoso, pero no lo bastante para proseguirlo.

Cuando vieron que la pobre Peloncita, al crecer, seguía tan calva como al nacer, y que sus tres pelos se alargaban más y más, por más que los cortasen, y que todo el mundo se reía de ella y de ellos, que pasaban por ser sus padres, quisieron deshacerse de una carga que les resultaba ridícula.

Cierto que Peloncita era simpática, dulce, lista, bondadosa trabajadora y sumisa; cierto también que sus ojos eran grandes, su boquita de grana y sus dientes de perlas con lo cual era realmente lindísima aunque no lo pareciera.

Pero sus padres adoptivos eran aun mucho menos inteligentes que caritativos y no pensaban en todo eso; les molestaba tener una ahijada calva y con tres únicos pelos; y una noche cuando Peloncita se fué a acostar, ellos tuvieron una conversación muy seria: resolvieron nada menos que llevar a Peloncita a la selva con cualquier pretexto y perderla, ni más ni menos que hicieron los padres de Pulgarcito.

He enumerado alguna de las cualidades que adornaban a nuestra heroína; ahora tengo que confesaros su defecto, porque tenía uno, uno solo, pero muy feo: era curiosa. Cuando la creían acostada, ella se levantaba de puntillas y se iba a escuchar detrás de la puerta lo que se hablaba.

Horrible ¿verdad? Si, pero aquel vicio tan antipático estaba compensado con tantas y tan bellas virtudes que se puede en rigor, creo yo, perdonarle.

Al oír el proyecto de sus padres adoptivos, Peloncita no se inmutó; primeramente porque era una niña valiente; y segundo porque ella también había leído la historia de Pulgarcito y sabía que los niños a quienes se llevan al bosque con el propósito de perderlos, no tienen sino que ir echando cositas que no sean migas de pan, para encontrar luego el camino.

Y al día siguiente, cuando su madre adoptiva la dijo: «Peloncita, vamos al bosque a coger fresas» la niña se cuidó de llenarse los bolsillos con unas semillas de pimpinela que tenía, porque le gustaba mucho sembrar flores en los tiestos de su ventana.

Anduvieron mucho; cruzaron el bosque, luego un pueblo, luego llegaron a una selva; de pronto la mala mujer se detuvo y dijo a Peloncita: «Coge fresas aquí yo iré a cogerlas un poco más lejos. No te muevas de este sitio hasta que yo vuelva». Y se alejó.

Peloncita se quedó muy tranquila; al cabo de un rato decidió emprender el camino de regreso, gracias a la huella de las semillas; pero ¡oh desolación! había llovido la vispera, la tierra estaba mojada y las semillas de pimpinela se habían hundido sin dejar rastro.

Peloncita algo asustada intentó encontrar el camino; tomó por una senda; luego volvió sobre sus pasos y se fué por otro lado; luego retrocedió; luego... luego, al cabo de varias horas de marcha y de rodeos, se dió cuenta de que se había perdido.

Aquello era espantoso; tanto más cuanto que caía la noche, y se oían entre las ramas y las zarzas ruidos como de bichos que se acercaban. Sin duda, fieras que acudían a devorarla.

Estoy deseando sacar a mi pobre Peloncita de tan terrible situación, pero hoy me es imposible. Hoy es carnaval y quiero que elijamos juntas un disfraz.

El domingo próximo continuaré la historia.

